

Heartless
Sin límites

**ELSIE
SILVER**

Heartless
SIN LÍMITES

SAGA CHESTNUT SPRINGS

Traducido del inglés por Eva Pérez Muñoz

CONTRALUZ



Título original: *Heartless*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Copyright © 2022, 2023 HEARTLESS by Elsie Silver

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz, 2025

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S.A.)

Madrid, 2025

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

Traducción adaptada para Latinoamérica
con la colaboración de la traductora

© 2025 Hachette Editorial México, S.A. de C.V.

Renacimiento 180, Col. San Juan Tlihuaca,

Azcapotzalco, 02400, Ciudad de México

ISBN: 978-607-574-868-9 (México)

ISBN: 978-84-19822-47-5 (España)

Primera edición, mayo de 2025

Todos los derechos reservados conforme a la ley. Queda estrictamente prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y explotación, sea total o parcial, a través de cualquier medio mecánico o electrónico, sin la autorización escrita del titular del *copyright*.

Igualmente, se prohíbe su uso para el entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial o minería de datos y textos y, en general, cualquier desarrollo y comercialización de sistemas, herramientas o tecnología de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitado a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra.

Las características de esta edición, así como su contenido, son propiedad de Hachette Editorial México, S.A. de C.V..

Impreso en México — Printed in Mexico



En Hachette Livre México usamos
materias primas de procedencia
100% sustentable

*A las mujeres increíbles que siempre me dan su
apoyo incondicional. Y a todas las que empoderan
a otras en lugar de hundirlas.
Juntas somos más fuertes.*

«A veces hay que perder algo bueno
para ganar algo mejor».

MARILYN MONROE

Uno *Cade*

Lucy Reid me está mirando de una forma demasiado intensa para mi gusto.

—Bueno, me encantan las manualidades. En mi tiempo libre suelo hacer álbumes de recortes y también tejo en ocasiones. Seguro que a Luke le encantaría aprender a tejer. ¿No crees, Cade?

Casi me río al oír cómo ronronea mi nombre. A mí lo que me encantaría es ver a alguien intentar que Luke se esté quieto el tiempo suficiente como para entretenerse con dos agujas y tejer algo.

Ahora se dirige a Summer, la prometida de mi hermano pequeño, y añade con una sonrisa:

—Me entiendes, ¿verdad? Todas necesitamos alguna afición femenina.

Oigo a mi padre, Harvey, reír desde el rincón en el que está sentado. Contratar a una niñera se convirtió en un asunto familiar.

Y en una auténtica pesadilla.

Summer aprieta los labios y sonrío de manera forzada.

—Sí, por supuesto.

Estoy a punto de soltar una carcajada. El concepto de afición femenina de Summer consiste en levantar pesas en el gimnasio y torturar a hombres adultos bajo el pretexto de

«entrenamiento personal». Está mintiendo con todos sus dientes, pero puede que Lucy no lo sepa porque Summer es nueva en el pueblo.

O quizá Lucy está siendo una zorra sarcástica con mi futura cuñada.

—Muy bien. —Me levanto—. Gracias por tu tiempo. Ya te llamaremos.

Lucy parece un poco sorprendida por mi brusco cambio de tema, pero ya vi y escuché todo lo que necesitaba.

Además, la delicadeza no es lo mío. Soy más de ir directo al grano.

Me doy la vuelta, agacho la cabeza y me marcho antes de que se note demasiado que vi su mano extendida y decidí no estrechársela. Me dirijo a la cocina a grandes zancadas, apoyo las manos en la encimera de madera frente a la ventana y dejo que mi mirada se pierda en la inmensidad de la pradera y en las escarpadas Montañas Rocosas que se elevan hasta el cielo.

Este paisaje, salvaje y lleno de contrastes, ofrece una explosión de color a principios de verano: la hierba es demasiado verde, el cielo demasiado azul y el sol brilla tanto que desenfoca los contornos y obliga a entrecerrar los ojos.

Después de echar los granos de café en el molinillo para prepararme una taza, lo pongo en marcha de modo que el sonido inunda toda la casa e intento no pensar en qué voy a hacer con mi hijo durante los próximos dos meses. Pero eso solo consigo agobiarme y siento que debería hacer más por él, pasar más tiempo con él y estar más presente.

Un sentimiento nada productivo.

El ruido del molinillo también tiene la ventaja de ahogar la despedida educada que mi padre y Summer le dan a Lucy en la puerta de entrada.

Como no es mi casa, no es mi problema. Estamos haciendo las entrevistas para escoger niñera en la casa principal, donde vive mi padre, ya que no me gusta meter a personas que no conozco en mi hogar. Sobre todo, a aquellas que me miran como si yo fuera la clave para completar su sueño de familia feliz.

Harvey, sin embargo, no tendría ningún inconveniente en convertir este lugar en un hotel rural y pasársela increíble atendiendo a los huéspedes. Desde que se lesionó y me cedió el rancho, no hace más que ir de un lado a otro socializando.

Observo cómo el café molido cae en el filtro de papel blanco en la parte superior de la cafetera y me doy la vuelta para llenar la jarra con agua en el fregadero.

—¿No crees que es un poco tarde para hacer café? —pregunta Harvey, entrando en la cocina, con Summer detrás.

Si ellos supieran. Hoy tomé demasiado café. Casi estoy temblando por el exceso de cafeína.

—Solo te lo estoy preparando para mañana.

Summer suelta un bufido y mi padre pone los ojos en blanco. Saben que estoy mintiendo.

—No fuiste nada amable con ella —me dice. Ahora soy yo el que pone los ojos en blanco—. De hecho, estás siendo un obstáculo con todo este asunto.

Me cruzo de brazos y me apoyo en la encimera.

—No soy una persona muy amable. Y estaré encantado de ser un obstáculo si con eso protejo a mi hijo.

Estoy convencido de que mi padre está a punto de sonreír cuando se sienta en la mesa y cruza una pierna por encima de la otra, con la bota apoyada en la rodilla.

Summer se queda ahí parada, apoyada en el marco de la puerta, mientras me mira fijamente. Es algo que hace de vez en cuando y que me pone nervioso.

Es una mujer inteligente. No se le escapa nada. Casi puedo oír los engranajes de su cabeza en movimiento, pero no es de las que hablan mucho, así que nunca sabes qué es lo que se trae entre manos.

Me cae bien y me alegro de que mi hermano pequeño fuera lo bastante listo para ponerle un anillo en el dedo.

—Eres amable —comenta ella, pensativa—, a tu manera.

Me muerdo el labio para no darles la satisfacción de ver que el comentario me pareció gracioso.

Summer suelta un suspiro.

—Mira, ya entrevistamos a todas las candidatas. Hice todo lo posible por eliminar a aquellas que parecían menos interesadas en cuidar a Luke y más interesadas en estar... contigo.

—¡Y había varias! —Mi padre da un golpe en la mesa—. ¿Quién se iba a imaginar que habría tantas mujeres dispuestas a soportar tus ceños fruncidos y tu mal humor? El sueldo no es tan bueno.

Lo fulmino con la mirada antes de volver a mirar a Summer.

—Está claro que no te esforzaste lo suficiente. Quiero a alguien que no tenga ningún interés en mí. Nada de cosas extrañas. ¿Qué tal una que esté felizmente casada?

—Las mujeres felizmente casadas no van a querer vivir en tu casa en verano.

Suelto un resoplido.

—¿Y alguien de afuera? Que no conozca a nuestra familia. Ni mi historial. Alguien que no se haya acostado con ninguno de mis hermanos. —Hago una mueca—. Ni con mi padre.

Harvey emite una especie de sonido ahogado, como si estuviera a punto de reírse.

—Llevo décadas soltero, hijo, así que eso no es asunto tuyo.

Summer se pone roja, pero no se me pasa por alto la sonrisa que esboza mientras se vuelve hacia la ventana.

—¿Sabes? Podría hacerlo yo —añade Harvey. No es la primera vez que se ofrece.

—No.

—¿Por qué no? Es mi nieto.

—Por eso mismo. Esa es la relación que deben seguir teniendo. Ya me ayudaste bastante con él desde que nació. Pero ahora tienes problemas con la espalda, las rodillas... Debes tomarlo con calma. Puedes pasar todo el tiempo que quieras con él cuando lo desees, pero no quiero que cubras jornadas interminables, madrugues ni pases noches en vela. No sería justo y no me voy a aprovechar de ti de esa manera. Fin de la discusión. —Vuelvo a mirar a mi futura cuñada—. Summer, ¿no podrías hacerlo tú? No se me ocurre nadie mejor. Luke te adora, yo no te intereso en absoluto y ya vives en el rancho.

Veo cómo aprieta la mandíbula. Está harta de que se lo pida, pero no quiero dejar a mi hijo con cualquiera. Es un niño muy activo. Un terremoto. Y este verano tengo mucho trabajo en el rancho. No voy a poder encargarme de todo sin alguien que lo cuide; alguien en quien pueda confiar para que vele por su seguridad.

—Y también acabo de comenzar un negocio y en verano es cuando más ocupada estoy. No puedo hacerlo. Deja de insistir; haces que me sienta mal. Saben que los quiero mucho, a ti y a Luke. Pero estamos un poco cansados de hacer entrevistas para el puesto y no podemos avanzar debido a tu comportamiento.

—Bueno, está bien —mascullo—. Entonces me conformaré con alguien como tú.

Summer ladea la cabeza y se queda quieta.

—Se me está ocurriendo algo.

Se lleva un dedo a los labios y Harvey la mira, expectante.

Se le ve tan esperanzado. Si yo ya estoy harto de esta odisea interminable que está siendo encontrar una niñera para el verano, mi padre debe de estar completamente exhausto.

Frunzo el ceño.

—¿Quién?

—No la conoces.

—¿Tiene experiencia?

Summer me mira fijamente con sus grandes ojos oscuros, sin darme ninguna pista de lo que está pensando.

—Sí, sin duda sabe lidiar con revoltosos.

—¿Va a sentir algo por mí?

Summer suelta un bufido nada elegante.

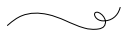
—No.

No sé si debería ofenderme por una respuesta tan rotunda, pero no me molesta. Me aparto de la encimera y hago un gesto con la mano.

—Perfecto. Adelante con tu idea entonces —le digo mientras salgo por la puerta trasera hacia mi casa, dispuesto a alejarme de todo este desastre que está siendo encontrar a una niñera capaz de cuidar a un niño de cinco años.

Solo necesito a alguien que se ocupe de él. A alguien profesional que no me dé problemas.

Son solo dos meses. No debería ser tan difícil.



Intento recordar cuándo fue la última vez que me acosté con alguien.

¿Dos años? ¿Tres? ¿Aquel enero que me quedé a dormir en la ciudad? ¿Cuánto tiempo pasó desde entonces? ¿Cómo se llamaba?

La mujer que está delante de mí en la fila del café se mueve y me distrae con el vaivén de sus caderas. Sus pantalones ajustados se amoldan a su culo de una manera que debería ser ilegal. La curva bajo sus nalgas es casi tan hipnotizante como el balanceo de su melena cobriza sobre su espalda.

Vaya distracción. Lleva una camiseta ajustada metida en unos pantalones igual de ceñidos que resaltan cada una de sus curvas.

Me olvido por completo de lo que estaba pensando. Aunque verla ahí es precisamente lo que hizo que empezara a pensar en cuánto tiempo llevo sin tener sexo.

La conclusión a la que llegué es que tiene tanto que ni me acuerdo. No obstante, tengo muy claro por qué todavía no me permito siquiera prestar atención a nadie del sexo opuesto.

Un niño al que educó solo. Un rancho que llevo solo. Un millón de responsabilidades. Poco tiempo. Y muy pocas horas de sueño.

Hace siglos que no disfruto de un momento para mí, pero no era consciente de que hubiera pasado tanto tiempo.

—¿Qué le pongo, señora?

La mujer que está delante de mí se ríe; un sonido ligero y melódico que me recuerda a las campanillas de mi porche trasero cuando las agita el viento.

Dios mío, esa risa.

Es un sonido que reconocería en cualquier lugar. Sin embargo, no sé quién es esta mujer. Si la hubiera visto antes, me acordaría, porque conozco a todo el mundo en Chestnut Springs.

—¿Señora? No sé si me gusta cómo suena eso —dice.

Casi puedo oír la sonrisa en su voz. Me pregunto si sus labios serán tan bonitos como el resto.

Ellen, la dueña de Le Pamplemousse, la pequeña cafetería gourmet del pueblo, le sonrío.

—Bueno, ¿cómo debería llamarte? Suelo reconocer a todo el mundo que pasa por aquí, pero a ti no te había visto antes.

Así que no soy el único. Me acerco un poco más con la esperanza de oír su nombre, pero uno de los empleados decide poner en marcha el molinillo de café justo en ese momento. Aprieto los dientes.

No sé por qué me interesa tanto saber cómo se llama, pero es así. Vivo en un pueblo pequeño y tengo derecho a ser chismoso. No hay más.

Cuando el molinillo deja de sonar, la cara arrugada de Ellen se ilumina.

—Qué nombre tan bonito.

—Gracias —responde la mujer, antes de añadir—: ¿Por qué este lugar se llama «El pomelo» en francés?

Ellen suelta una carcajada y responde con una sonrisa desde su lado de la barra:

—Le dije a mi marido que quería ponerle a la cafetería un nombre que sonara elegante. Algo en francés. Y él me contestó que lo único que sabía decir en ese idioma era *le pamplemousse*. Me pareció adecuado y ahora es como una pequeña broma entre nosotros.

Al ver cómo se le suavizó la mirada al hablar de su marido, sentí una punzada de envidia en el pecho.

Seguido de un atisbo de enfado.

La única razón por la que no me quejo de su eterna charla es porque estoy demasiado ocupado intentando disimular la erección que me provocó la risa de esta mujer. En circunstancias normales, me habría molestado tardar tanto en conseguir un simple café. Le dije a mi padre que iría a recoger a Luke (miro el reloj) justo ahora. Tengo que volver para poder reunirme con Summer y la persona que, con suerte, será la niñera de Luke.

Pero mi cabeza se va por lugares que estuve evitando durante años. Tal vez debería dejarme llevar y disfrutar del momento. Quizá me vendría bien abrirme y sentir algo.

—Podrías ponerme un café mediano, muy caliente, sin espuma, con la mitad de azúcar...

En mi mente, pongo los ojos en blanco. Estaba claro que la foránea con un cuerpo increíble tenía que hacer un pedido largo y de lo más complicado.

—Son tres dólares con setenta y cinco —informa Ellen con la vista fija en la pantalla táctil de la caja registradora, mientras la desconocida busca en su bolso enorme su monedero.

—Ay, mierda —murmura.

De reojo, veo caer algo de su bolso al suelo de cemento pulido, junto a sus sandalias.

Me agacho sin pensarlo y recojo la tela negra. Me levanto al mismo tiempo que ella se da la vuelta.

—Toma —le digo, con la voz un poco ronca por los nervios. Hablar con desconocidas no es uno de mis puntos fuertes.

¿Mirarlas con el ceño fruncido? En eso soy un profesional.

—¡Dios mío! —exclama ella.

Ahora que la tengo enfrente de mí, por fin puedo verle la cara. Me quedo pasmado en el sitio y dejo de respirar. Su risa no es nada comparado con su rostro. Ojos felinos, cejas angulares, piel de porcelana...

Carajo, es guapísima.

Y está roja como un jitomate.

—Lo siento mucho —jadea ella, llevándose una mano a los labios carnosos.

—No pasa nada, tranquila —digo.

Aunque tengo la sensación de que todo está ocurriendo en cámara lenta. No puedo concentrarme en otra cosa que no sea su cara.

Mierda.

Sus pechos.

Es oficial: me convertí en un viejo rabo verde. Bajo la vista hacia mi puño y a la suave tela que se asoma entre mis dedos.

La oigo soltar un quejido al tiempo que abro los dedos. Y así, poco a poco, me voy dando cuenta de por qué le horrorizó tanto que me comportara como un caballero y haya recogido sus...

Calzones.

Observo el trozo de tela negro que tengo en la mano y es como si todo a nuestro alrededor se volviera borroso. Detengo mi mirada en sus ojos grandes y con una multitud de tonalidades verdes. Son como un mosaico.

No soy de sonreír mucho, pero curvo los labios en un atisbo de sonrisa.

—Se... Se le cayeron sus calzones, señorita.

A ella se le escapa un sonido entre una risa ahogada y un gemido mientras me mira la mano y luego la cara.

—Ay. Qué vergüenza. En realidad...

—¡Hermosa, ya está listo tu café! —exclama Ellen.

La pelirroja, visiblemente aliviada, aprovecha la interrupción para darse la vuelta.

—¡Gracias! —responde con un tono demasiado alegre antes de dejar un billete de cinco dólares en la barra y tomar el vaso de papel. Después, se dirige hacia la puerta sin mirar atrás—. ¡Quédate con el cambio! ¡Hasta luego!

Cuando pasa junto a mí como una exhalación, evitando mirarme, me parece oírla reírse disimuladamente y murmurar algo para sí misma sobre lo graciosa que será esta historia cuando se la cuente a sus futuros hijos algún día.

¿Pero qué tipo de historias piensa contar esta mujer a sus hijos?, pienso antes de llamarla.

—Se le olvidan sus... —Me detengo porque me niego a gritar lo que viene a continuación en una cafetería llena de gente a la que tengo que verle la cara todos los días.

Ella se vuelve, se apoya en la puerta y, durante un instante, me mira fijamente con una expresión de diversión contenida en el rostro.

—El que lo encuentra se lo queda —dice mientras se encoge de hombros.

Entonces se echa a reír; una risa sincera, plena y tremendamente divertida. Luego sale a la calle soleada, con el pelo brillando como el fuego y moviendo las caderas como si fuera la reina del mambo.

Me quedo mirándola, boquiabierto.

Y cuando vuelvo a bajar la vista hacia mi mano abierta, me doy cuenta de que desapareció hace un momento, que sigo sin saber cómo se llama y que continuó ahí...

Con sus calzones en mi mano.